

landa y, por último una pequeña expedición, contra la reina de Inglaterra, propiciada por Gregorio XIII, que fracasa estrepitosamente.

En la segunda, bajo el epígrafe *Reforma real y facultades del nuncio*, estudia algunos problemas sueltos sobre provisión de beneficios mayores y menores, dos frailes condenados a galeras, dos clérigos falsificadores de bulas, evangelización de las Indias y nombramiento de cardenales españoles. En los apartados siguientes se ocupa de los problemas suscitados por la bula «In coena Domini», las corridas de toros y la aportación española a la reforma del calendario. Luego examina los conflictos de jurisdicción surgidos en Calahorra y Cádiz, así como en las diócesis de Burgo de Osma y Plasencia, y la conducta irregular del obispo de Guadix, Julián Ramírez. Otros conflictos de jurisdicción estallaron debido al carácter rígido del colector general Cannobio. El nuncio Segá, más habil y flexible, tuvo que mediar varias veces para limar asperezas.

La tercera está consagrada a la *Reforma en las Ordenes Religiosas*. Cuando el nuncio llegó a España, encontró pasiones, altercados y parcialidades, no en una sola, sino en casi todas las Ordenes Religiosas. Segá trabajó mucho por restaurar la paz, introducir la reforma entre los mercenarios, promoverla entre los franciscanos y entre las franciscanas de Zamora, y suavizar la tensión creada por Felipe II a causa de su excesiva ingerencia en la vida interna de la Orden de los dominicos. Felipe II se empeñó también en desmembrar los cartujos españoles de la Gran Cartuja de Francia y en impedir la visita canónica de los monasterios existentes en España. No consiguió lo primero, pero sí lo segundo. El último capítulo se refiere a la intervención del nuncio en la reforma carmelitana, que el A. considera altamente positiva.

Como el A. ha manejado una copiosa documentación inédita, proyecta luz sobre todas las cuestiones que aborda. Quizá si hubiera madurado un poco más la obra, habría evitado formulaciones tan extrañas como las que vierte en la p. 219, especialmente en los números 3 y 5, o la afirmación duplicada (122 y 219) de que el subsidio de galeras fue concedido por Pío V en 1554, siendo así que ni San Pío V fue el primero en concederlo ni era papa en 1554, o el término *expolio* en vez de *espolio*.

Asegura (p. 217) que Felipe II heredó de Carlos V el título de «Rey Católico». Esto es verdad, a condición de que no se quiera excluir que a su vez Carlos V lo heredó de Fernando e Isabel, a quienes lo había concedido Alejandro VI en 1493 (Cf. *E. Rey*, en «Razón y Fe» 146 (1952) 59-75 y 324-347).

Estas ligeras observaciones no pretenden empañar el mérito de una obra que aporta mucho de nuevo, sino mostrar la atención y el interés con que la hemos leído.

J. Goñi Gaztambide

Paul JOHNSON, *La Historia de los judíos*, Vergara, Buenos Aires 1991, 430 pp., 16 x 23.

El intento de redactar una historia general del pueblo judío parece una empresa insuperable para cualquier especialista. Pero un historiador puede demostrar un notable talento en esa empresa. Y esto es lo que ocurre con la obra de Johnson que comentamos. Las referencias bibliográficas son casi todas de segunda mano y manifiestan una no oculta simpatía por el pueblo de Israel.

El libro tiene aciertos notables. En medio de ese enigma histórico que es su supervivencia cronológica y su dispersión geográfica, algunos rasgos del ju-

daísmo posterior a la destrucción del templo tienen un gran valor, no sólo por la aportación de las fuentes, sino por la explicación misma del sistema social; lo que Johnson, llama, dando el título a uno de los capítulos, «la catadrocra». Entre los aciertos habría que incluir también la descripción y explicación de la expansión judía en los Estados Unidos de América. Y lo mismo se puede decir de las oscilaciones del antisemitismo del siglo pasado, sobre todo en su segunda mitad, y en el presente. Pero la historia del *holocausto*, como no podía ser menos, adquiere unos tintes en los que la historia no puede ser neutral ante tanto horror. De especial interés resulta también el estudio de las aportaciones de talentos judíos en el orden del pensamiento, las artes, las ciencias, las finanzas, la innovación comercial e industrial en el último siglo y en el pasado. Y de la dolorosa relación que no pocas veces tiene con la ruptura con la identidad judía.

No faltan observaciones críticas que hacer a esta sólida construcción. Es sorprendente, por ejemplo, la ausencia de referencia a los estudios sobre el judaísmo tardomedieval español de autores de la talla del profesor L. Suárez Fernández, a pesar de que se reconoce la importancia del judaísmo español en esta época. No faltan referencias a los debates, como el de Barcelona de 1263, o el mucho más importante de Tortosa de 1413-1414. Pero sorprende que apenas se preste importancia a la aportación de los conversos a la cultura católica en España. Ni se cita, por ejemplo, el caso de personas como Pablo de Santa María o Alonso de Cartagena.

Tampoco se atina al considerar el complejo problema de los judaizantes, y el estatuto de limpieza de sangre, que se planteará con crudeza años después de la expulsión. En el establecimiento de la Inquisición queda manifiesto el

empeño de los reyes, y las intervenciones moderadas de los Papas. Pero al manejar las cifras, todo se convierte en uno: los alumbrados, los luteranos, los judaizantes... y todo parece que se relaciona con estos últimos. Una referencia más amplia a la bibliografía específica sobre estos problemas, no centrada tan exclusivamente en obras judías sobre los judíos, habría enriquecido notablemente el capítulo.

Quizá más sorprendente es la presentación de Jesús, el Mesías de Nazaret, en las pp. 132-133. Se menciona su padre José, y sus hermanos, sin la más mínima explicación sobre la fe cristiana en su concepción virginal y las explicaciones que se relacionan con estos datos del Nuevo Testamento. Y algo parecido habría que decir sobre su supuesta relación con los grupos religiosos de su tiempo, especialmente su aproximación al fariseísmo. Ciertamente, algo se intenta aclarar al considerar la ruptura del cristianismo con la sinagoga, pero una cuestión tan decisiva merece un tratamiento más exacto.

En general, las relaciones con la Iglesia católica y el judaísmo están bien tratadas, con todos los matices, históricos y personales, aunque se cargue la mano en los fautores de un más acentuado antisemitismo: S. Vicente Ferrer, Pío VI; incidente penoso en el pontificado de Pío IX. Quizá una muestra de la parcialidad del autor en este campo se refleja de un modo muy claro ante la actitud de Pío XII: se constatan sus esfuerzos por proteger a los judíos en el Vaticano y en los monasterios y conventos, y se recalca su silencio ante la «solución final». También aquí el autor tendría que remitirse a fuentes más completas. No deja de sorprender que, en esos mismos momentos, crezca el sentimiento antisemita en los EE.UU. y en Inglaterra. Y que conocida la situación real de los «lager», las fuerzas alia-

das no los consideren como objetivo digno de actuación. Situación de indiferencia de la que, según el autor, sólo se salva Churchill.

El último capítulo, en momentos en que se abren esperanzas de paz para el Eretz Israel y sus vecinos, no deja de avivar la pregunta por el misterioso modo de presencia de este pueblo en la humanidad, a la que aporta el monoteísmo, la igualdad ante la ley, la santidad de la vida, la dignidad de la persona y de la conciencia humana.

E. Parada

Stephen Bun Sang LEE, *Relaciones Iglesia-Estado en la República Popular China*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1991, 540 pp., 14,5 x 21,5.

La editorial EUNSA ha publicado un estudio del sacerdote chino Stephen Bun Sang Lee sobre la situación de la Iglesia en China continental. En su primera parte se describen las relaciones Iglesia-Estado durante los últimos cuarenta años, y en la segunda se estudian los problemas internos de la Iglesia china.

El autor comienza constatando que la Iglesia católica china, además de las dificultades externas que le plantea la política del Partido Comunista, se encuentra en su interior con graves amenazas para su unidad y para su comunión con la Santa Sede, y sumida en circunstancias complejas y confusas. Detrás de estos problemas internos de la Iglesia católica china está la política religiosa del partido, y las consiguientes relaciones Iglesia-Estado; ahí, en esas difíciles y tortuosas relaciones, está en buena parte la raíz de los problemas intraeclesiales.

Los tres primeros capítulos describen la historia de las relaciones Iglesia-Estado. El primero abarca los años 1949-1966; el segundo estudia el periodo de la Revo-

lución Cultural, hasta el final de las convulsiones suscitadas tras la muerte de Mao (1966-1979); el tercero se ocupa de la década de apertura y modernización (1979-1988). Cada uno de estos capítulos sigue un mismo esquema general: política religiosa del PCC, reacción de la Iglesia china, reacción de la Santa Sede.

Sobre esta base, el extenso capítulo cuarto intenta una visión de conjunto de los problemas teológicos, canónicos, pastorales, político-jurídicos y diplomáticos que caracterizan la situación actual de la Iglesia china, y apunta vías de solución. En las páginas de este libro se trasluce un apasionado amor a China y a la Iglesia, y una irreprimita solidaridad con los cristianos de la China comunista.

C. Soler

Louis CHARBONNEAU-LASSAY, *The Bestiary of Christ*, Parabola Books, New York 1991, 467 pp., 14 x 24.

Louis Charbonneau-Lassay (1871-946) fue un modesto erudito que concibió una obra grandiosa sobre el simbolismo cristiano. De los cuatro volúmenes soñados —*Le Bestiaire du Christ*, *Le Floraire du Christ*, *Le Vulnéraire du Christ*, y *Le Lapidaire du Christ*— sólo el primero fue publicado en 1940. Había reunido abundante material para los otros, pero su muerte acabó con tan magnífica empresa. Y no menos triste fue la historia del primer libro. De los quinientos ejemplares impresos la mayoría fueron destruídos por una bomba que cayó en el almacén. El original tenía unas mil páginas y otros tantos grabados preparados por el autor. La versión inglesa ha sido reducida pero aun así abunda en información obtenida de fuentes tan diversas como Egipto, Grecia, Roma, los movimientos gnósticos, la Cábala y las civilizaciones del Oriente. Se abre con un capítulo so-